

El tiempo no tiene seguridad

Grehivin Avilés Ortiz



Grehivin Avilés Ortiz, Máster en Educación para la Ciudadanía y en Valores por la Universidad de Barcelona, es Asesor Regional de Educación Cívica en el Ministerio de Educación Pública de Costa Rica. En esta colaboración para el Boletín Kultrun nos narra algunos de los problemas que ha tenido en la pandemia, pero también algunas reflexiones de vida que estos le han suscitado.

El tiempo no tiene seguridad

Al iniciarse este 2020 eran muchas las expectativas que se hicieron presente cuando las doce campanadas anunciaban la entrada de un nuevo año. Se trata de un nuevo período que se vivirá a partir de las ilusiones, de retos y aprendizajes del 2019. Justamente estas me permitieron elaborar y reconstruir la ruta que deseaba.

Un funcionario público como yo, que trabaja la ejecución de proyectos en el área de educación, debe siempre pensar, primeramente, en su orden financiera, porque a pesar de que tengo un muy buen trabajo, con todas las garantías sociales posibles, mi país, Costa Rica, tiene un alto porcentaje de Impuesto al Valor Agregado (IVA). Esto implica que, por ejemplo, comprar una computadora portátil nueva con todos los seguros de fábrica, reparar el techo de la casa de los padres, pagar el derecho de circulación del vehículo, que sobrepasa los 700 dólares

estadounidenses, por ser un modelo reciente (2017), sin ser un vehículo de lujo, implica ser una persona muy esquemática.

Pues bien, la planificación de proyectos que hice en los primeros meses del año 2020 no consideró, pues no estaba previsto, hacer el cambio de un “cielo raso” (techo falso) de la casa donde vivo. Nunca pensé que hacer esto se aplazaría de mayo a junio, de junio a setiembre... Aquello, para evitar el ingreso de un albañil que podría poner en riesgo la salud de los dos adultos, mayores de 70 años, con los que convivo.



La protección de los adultos mayores me llevó a posponer de septiembre a diciembre la reparación de la casa. O sea, todavía no arreglo el techo falso por miedo de que entre gente de afuera, albañiles, y contaminen a quienes vivimos allí y que llevamos el confinamiento de manera estricta, evitando cosas evitables. Sí, puede ser que parezca algo sencillo, pero mi reflexión implica considerar que el tiempo no tiene certeza de que los planes, aunque sean muy bien diseñados, se concreten.

La enseñanza de lo que he descrito es que muchas veces dejamos de disfrutar el momento, para fijar la atención en un ahorro económico que no se sabe sí se llegará a disfrutar. Esto nos permite comprender que el tiempo es como un soplo, que impregna nuestra presencia en este mundo.

A nivel profesional, la pandemia provocó que eliminara de mi plan anual de trabajo los cursos de formación que iba a ofrecer: Estrategias Didácticas, para docentes de enseñanza primaria, y Educación Cívica, para docentes de secundaria.

Sin embargo, la pandemia provocó que restructurara mi plan anual de trabajo. En efecto, casi como algo obligatorio, tuve que tomar un curso oficial sobre utilización de plataformas virtuales. Solo de esta forma, en el 2021, podré ofrecer los cursos planificados para este 2020, claro está, de manera virtual.

Este reto es enorme porque, considerando mi experiencia como alumno, sé que, por ejemplo, de un curso de 30 personas, 15 personas lo abandonan porque no encuentran el vínculo entre teoría- práctica- tutoría. Me corresponde ver qué posibilidades y opciones, en contextos virtuales, son necesarios para que los cursos que imparta sean una oportunidad. Y digo oportunidad porque pese a todo el COVID19 me brindó la posibilidad de reorientar mis planes. Estos rompieron definitivamente los tiempos, que no volverán.



Desde mi experiencia personal, profesional, la palabra clave aquí es “tiempo”, porque las situaciones vividas son las que determinarán la orientación de las ideas, de los sueños. Así como determinan la forma de convivir en circunstancias de esfuerzo extremo: el COVID-19 nos dejó en casa y debemos esforzarnos para reinventarnos de acuerdo a la situación.